

USTEDES SABRÁN COMPRENDER Y EXCUSAR MI OPTIMISMO*

GERARDO MOLINA**

* Intervención del D. Gerardo Molina con motivo del otorgamiento del Doctorado Honoris Causa en Humanidades, por parte del Consejo Superior de la Universidad Autónoma Latinoamericana, 15 de septiembre de 1989

** Intelectual, educador y político colombiano (Gómez Plata, agosto 6 de 1906 - Bogotá, marzo 29 de 1991). Uno de los principales ideólogos del socialismo democrático colombiano.

En nombre de mi familia y en el mío, les doy la bienvenida a las autoridades de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, doctor Jorge Iván Carvajal S., Presidente del Consejo Superior, y a su distinguida esposa; al doctor José Raúl Jaramillo R., Vice-Rector; al doctor Álvaro Ochoa M., Secretario General, y a la señorita Liliana Marín P., representante de los alumnos de Derecho en el Consejo Superior Universitario.

Todos lamentamos la ausencia del Rector, doctor Jairo Uribe Arango, y hacemos votos por su rápido restablecimiento.

Saludo igualmente al doctor Marco Palacios, ex rector de la Universidad Nacional de Colombia y actual Director del ICFES, y a su señora; al doctor Jorge Enrique Molina, Rector de la Universidad Central; al profesor Ricardo Sánchez,

Decano de la Facultad Nacional de Derecho; al doctor Guillermo Hernández Rodríguez, ex consejero de Estado y ex embajador en la Unesco, y a su esposa; al doctor Luis Carlos Pérez, ex rector de la Universidad Nacional, ex magistrado de la Corte Suprema, profesor y tratadista; al doctor Carlos Jiménez Gómez, ex procurador general y jefe del movimiento político Colombia Unida, y a la señora de Jiménez Gómez; al doctor Hernán Guillermo Aldana, magistrado de la Corte Suprema y profesor; a la doctora Consuelo Sarria, Consejera de Estado; al ilustre historiador y catedrático Álvaro Tirado Mejía y a su esposa; al eminente hombre de ciencia Mauro Torres y señora; a la doctora Luz Elena Zabala, ex directora de extensión cultural de la Universidad de Antioquia y ex asesora del Ministerio de Educación; al historiador y profesor Darío Acevedo y a su señora; al doctor Gonzalo Cataño, profesor y sociólogo.

Amigos todos:

Con emoción recibo de usted, señor Presidente del Consejo Superior, el título de Doctor Honoris Causa en Humanidades que me confiere la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín. Aumenta mi confusión y mi gratitud el hecho de que ustedes, antes que a mí, sólo le han otorgado la misma distinción al inolvidable artista Pedro Nel Gómez y al esclarecido escritor nicaragüense Ernesto Cardenal.

La Universidad Autónoma Latinoamericana cumple hoy justamente veintitrés años de fundada. Yo registré con júbilo su aparición, porque sabía que todo lo predestinaba a ser un santuario del pensamiento libre. La he visto crecer y conquistar puesto relevante en el país, y desde luego me siento unido a ella con cemento de corazón.

Todavía no veo claras las razones por las cuales ustedes me dispensan semejante honor. Tal vez por ser uno de los sobrevivientes de la generación que actuó en dos épocas de la universidad colombiana, la vieja y la nueva. En la época anterior a mil novecientos treinta, la ciencia era una entidad remota, inaccesible, por lo cual la palabra investigación carecía de sentido. El concepto de cátedra libre era también desconocido, y se practicaban discriminaciones como la de prohibir la enseñanza de doctrinas como el marxismo y la de la evolución. La calle, la sociedad que nos rodeaba, el mundo con sus tumultos eran totalmente ajenos a los

claustros, y las diferentes formas de protesta juvenil eran reprimidas en nombre del sacro principio de autoridad.

Pero algo empezaba a romper esa atmósfera. La Federación Nacional de Estudiantes, en los años veinte, sostenía que ya era tiempo de pensar en otra universidad, en función del país que se veía venir. Al mando de la Federación estaban en Bogotá, entre otros, Carlos Lleras Restrepo y Germán Arciniegas, y en Antioquia Alberto Jaramillo Sánchez. Ellos ponían como ejemplo el caso de los muchachos de la Universidad de Córdoba, Argentina, quienes en mil novecientos dieciocho habían llevado a término un movimiento, con repercusiones en toda la América Latina, centrado en reivindicaciones como éstas: autonomía universitaria, libertad de cátedra y de investigación, establecimiento de seminarios como núcleos de trabajo, participación de profesores y de alumnos en el gobierno de las casas de estudio, lucha contra el imperialismo y en defensa de las riquezas naturales.

Algunos de los jóvenes que en mil novecientos veintisiete iniciamos la carrera de Derecho en Medellín, trabajamos en la Seccional Antioqueña de la Federación de Estudiantes y así se fue constituyendo un ambiente favorable a la reforma.

A partir de mil novecientos treinta el paisaje político y cultural empezó a cambiar. En mil novecientos treinta y cuatro llegó a la Presidencia de la República Alfonso López Pumarejo, un hombre que no tenía título profesional alguno, pero que como Jefe de Estado, el más clarividente de este siglo, se dio cuenta del rol de la universidad en un país en formación. Él vio que el proceso de industrialización en que habíamos entrado exigía que preparáramos aquí, no en el extranjero, los técnicos y expertos indispensables. Vio que las capas medias en gestación no se satisfacían con que sus hijos no pudieran ir más allá del bachillerato. López vio también que el Estado intervencionista que proponía, demandaba especialistas en Administración, en Ciencias Económicas y Políticas. Bajo su conjuro, se dictó en mil novecientos treinta y cinco la ley reorgánica de la Universidad Nacional, como arquetipo de la universidad colombiana.

La vida ha sido conmigo generosa casi siempre, y por eso, después de haber abogado como alumno en defensa de la reforma universitaria, tuve entonces la satisfacción inmensa de ser incorporado al equipo

encargado de realizarla. Ahí estaban, para mencionar sólo a algunos de los desaparecidos, Darío Echandía, Jorge Soto del Corral, Agustín Nieto Caballero y Jorge Zalamea. Fueron, de mi parte, trece años de actividad febril de mil novecientos treinta y cinco a mil novecientos cuarenta y ocho.

Lo primero por hacer era restablecer la unidad del plantel, disgregando en una serie de Facultades dependientes del Ministerio de Educación. Para hacer efectiva esa reunificación se emprendió la construcción de la Ciudad Universitaria, combatida por muchos que encontraban difícil el acceso a ella por lo distante del centro.

Se fundaron carreras, para quebrar el sistema tradicional que no admitía sino ser abogado, médico o ingeniero.

Se hizo una de las pocas revoluciones de este siglo, al abrir las puertas de la universidad a la mujer. Hasta entonces regía en todas ellas el principio implantado por Fray Cristóbal de Torres al fundar el Colegio del Rosario en la Colonia: queda prohibido que las mujeres pisen estos claustros.

Se democratizó el establecimiento al hacer efectiva en su manejo la participación de los catedráticos y de los matriculados. Y se organizó por primera vez el profesorado de tiempo completo. Se crearon los seminarios de investigación al lado de la clase magistral. Se puso en marcha la extensión universitaria, mediante los cursos para trabajadores, las visitas de asesorías a los barrios y la publicación de libros y revistas.

Se le dio a la universidad un sentido realmente nacional al fundar dependencias en Medellín, Manizales y Palmira. Y se proveyó al bienestar de los alumnos por medio de las cafeterías, de las residencias y los campos de deporte. Y se atendió a la salud de aquellos, de los profesores, de los empleados y de sus familias a través de la Caja de Previsión de la Universidad.

Muchas cosas quedaron por hacer. Por fortuna se han sucedido grupos de dirigentes que han continuado modernizando los centros de estudio.

Entre los problemas de hoy, cito algunos para terminar: las universidades del país necesitan ampliar las posibilidades de seguir estudios de postgrado, como manera de que los egresados se inserten

con más facilidad al mercado de trabajo y de multiplicar el número de investigadores y por tanto de profesores.

Las universidades deben esforzarse porque sea una realidad la educación permanente, a efecto de que los jóvenes, por los hábitos de estudio adquiridos, siguen ensanchando su saber. Los planteles superiores harían bien en organizar cursos de actualización de conocimiento, a fin de que retornen a las aulas, cada cierto tiempo, los profesionales que lo deseen.

La institución del profesorado de tiempo completo, básica en la universidad contemporánea, está desvirtuada hoy entre nosotros, por el hecho de que el personal docente, que tiene ese carácter, se ha burocratizado, y en consecuencia se circunscribe a dar clases, y lo que es peor, se emplea en varias universidades para obtener un mejor salario. Defender esa institución, a base de adoptar una real carrera del profesorado, de igualar los sueldos en los diversos establecimientos y de lograr entre estos acuerdos serios para impedir deformaciones, es un imperativo inaplazable.

Ante la importancia actual de la tecnología es apremiante que nuestros investigadores se consagren a adaptar las conquistas logradas en las naciones de más desarrollo. La tecnología es uno de los instrumentos de dominación en estos tiempos, pues de ella se valen las metrópolis para imponer al tercer mundo sus modos de actuar. Dentro de los planes de integración latinoamericana, se podrían crear institutos por parte de varios países para capacitar el personal que necesitan, como la explotación de recursos naturales, la salud, la industria agropecuaria, la defensa del medio ambiente, etc.

Señores dirigentes universitarios: hay que preparar a los educandos para que actúen dentro de un mundo que va hacia la unificación económica, política y cultural. Por el momento se trata de insertar a las nuevas gentes dentro de bloques continentales, porque las naciones aisladas contarán cada día menos. La tarea nuestra es contribuir a darle unidad a la América Latina y el Caribe, para que sea creación de los pueblos, no de las multinacionales.

Finalmente, a los jóvenes hay que inculcarles la convicción de que les tocará vivir en un planeta de alto riesgo. Los científicos anuncian para dentro de quince o veinte años una dramática escasez. Escasez de alimentos, de agua, de combustibles, de minerales y maderas. Por la

destrucción de los bosques y por el calentamiento de la tierra, el desierto seguirá avanzando. Y nadie puede predecir lo que acontecerá, si la capa de ozono que nos protege del sol sigue en peligro de ser destruida por los gases que emanan de la industria. Hoy se habla con razón de una nueva tabla de Derechos Humanos, uno de los cuales será el derecho a un medio ambiente sano y equilibrado. Es de esperar que nuestros descendientes, con la ayuda inagotable de la ciencia y de la técnica, sepan encarar el hostigamiento de una naturaleza implacable y de una organización económica defectuosa.

Hoy los colombianos estamos en guerra. Debemos ganarla, porque sería aberrante que la patria quedara en manos del narcotráfico, del terrorismo, del sicariato y del fascismo. Renovemos nuestra fe en el futuro de la nación y nuestra solidaridad con Antioquia en estos días crueles. Unidos, saldremos adelante. Eso nos lo enseña la historia. La peregrinación del hombre sobre la tierra hay que entenderla como el esfuerzo de tantas generaciones que han braceado en noches de problemática aurora hasta realizar su destino.

Ustedes sabrán comprender y excusar mi optimismo. Él viene de lejos y se alimenta de variadas enseñanzas. Sin muchas filosofías, yo quiero decirles que en las jornadas oscuras que todos tenemos, me ilumina una frase tierna, ingenua, candorosa pero sabía que en una hora de abatimiento pronunció el gran Charles Chaplin: “Mañana cantarán los pajaritos”.

Muchas gracias.